

LA CALIGRAFÍA ÁRABE

José Luis López Habib*

La caligrafía árabe es, por definición, la más
árabe de todas las artes plásticas islámicas.

Titus Burkhardt

LA CALIGRAFÍA ÁRABE es la síntesis de las artes de esta cultura. A lo largo de su historia y desde la revelación coránica, la palabra ha sido cultivada con amoroso cuidado; así, la caligrafía es un arte que nació bello. En árabe se denomina el arte de la línea, *fan el kbat*, porque los trazos caligráficos juegan con el ojo y embellecen su espacio, exaltando la gloria de Dios, el creador de todas las cosas, por medio de la palabra. La realidad verbal siempre eclipsó a la visión estática. Nada ejemplifica tanto el sentido estético de los pueblos musulmanes como su caligrafía. Lo que más sorprende de la caligrafía árabe es la vigencia de sus múltiples estilos, nacidos en diferentes periodos, a los que se recurre dependiendo de la naturaleza y entorno de los textos.

Este carácter multiforme de la caligrafía árabe tienta a compararla con la caligrafía china, otra manifestación del arte de la escritura. Podemos, en principio, observar dos cosas evidentes. Una se dibuja con pincel, la otra con el cálamo. La escritura china es pictográfica, cada signo es una idea diferenciada, mientras la escritura árabe es puramente fonética; así, la estilización de las letras árabes es abstracta, sin ninguna raíz figurativa. En la caligrafía árabe no se tiende a apartar cada signo, sino que se integran en un ritmo continuo; su encanto radica en combinar los rasgos distintivos de los caracteres con la fluidez del todo.

* Investigador de proyecto del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México.

Los caracteres chinos se desdoblán verticalmente, de arriba hacia abajo, como si descendieran del cielo. La caligrafía árabe procede horizontalmente, en el plano del devenir, empezando de la derecha, por donde va el Señor, y dirigiéndose a la izquierda, el lugar del corazón; conduce de la acción a la reflexión, aprehender el mundo del exterior al interior.



Kufi ornamental

El trazo de la caligrafía es ondulante, variable como la vida misma; mientras que el plano vertical representa lo inamovible, lo inaplazable, el propio devenir del tiempo,

siempre uno, constante, el mismo. El trazo vertical une al afirmar la esencia y el horizontal divide al expandirse a la multiplicidad. La escritura es creación y recreación. La palabra árabe es una palabra viva, en movimiento, en consonancia con el universo que enuncia. El arte de la línea no es embellecer la letra, sino hacer de la línea un arte. Ese hilo que recorre el mundo entero, como una madeja interminable, el calígrafo lo toma con su cálamo y plasma en el papel la más insólita belleza. Es un hilo fino, de múltiples colores y texturas, que el calígrafo toma con el cuidado de un artesano y va, amorosamente, jalando una y otra vez, arriba y abajo. De esa línea se sugieren formas: aparecen montañas y ciudades, árboles, ríos, pájaros, y más tarde, el ser humano. Es una guía que divide lo que está arriba de lo que está abajo, lo oculto de lo evidente.

Los estilos caligráficos tienen dos referentes primarios. El kufico, llamado así porque procede de la ciudad de Kufa, en Iraq, un importante centro cultural en la época

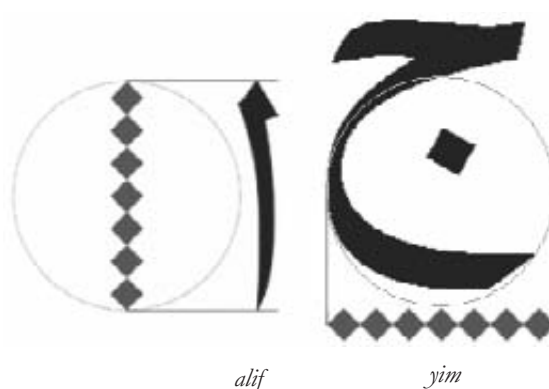


Dwani djeli

abbasí, se caracteriza por sus gruesos trazos geométricos. Este estilo, empleado fundamentalmente para la caligrafía del Corán, combina una gran exactitud de trazos con un verdadero amor por la síntesis geométrica, por lo que es un poco difícil de leer. El estilo *naskhi*, en contraste, es ligero y esbelto, con formas variadas de fluidez. Al trazo grueso de la línea lo cortan sobre el renglón dientes, picos, elevaciones y rizos lo que le da una cualidad plástica evidente.

La vida del musulmán está llena de formulas religiosas, desde su nacimiento hasta su muerte. Cuando un musulmán nace, su padre le musita al oído la formula de profesión de fe, y cuando está en trance de muerte también lo dicen por él. Resulta fácil reconocer estas fórmulas, como parte de la cotidianidad, por más adornada que sea la caligrafía. El trabajo es reconocer la fórmula, la letanía, y desgranar de ahí toda la sentencia, como quien anda un camino conocido en la oscuridad. No se trata de leer, se trata de reconocer.

Existe para la caligrafía un canon, una medida, basado en el instrumento de escritura, el cálamo, hecho de caña con una punta en diagonal. El ancho del extremo marca la unidad. El *alif*, letra de trazo recto, primera del alfabeto, se traza de arriba hacia abajo, con una longitud de siete veces la punta del cálamo. De



ahí sale el patrón para las otras letras. Horizontalmente, el referente es la *yim*, que mide también siete puntos, trazados dentro de un círculo. Este patrón fue propuesto por Ibn Muqlaq en el siglo IX.

A diferencia de los alfabetos chino y latino, también de origen muy antiguo, este alfabeto es muy usado en todos los países árabes y otros pueblos musulmanes, porque es en esta lengua y con esta grafía que el musulmán debe hacer su oración cinco veces al día. En consecuencia, existen muchos estilos caligráficos; más de 60. Todos conviven simultáneamente y ninguno cae en desuso, aunque unos son más populares que otros. Está, por ejemplo, el estilo *thuluthi*, un trazo elegante y delicado, común en la vida cotidiana para cartas y apuntes; también el *dimani*, un bello estilo caligráfico que surgió en la corte otomana, empleado para títulos y portadas de libros y como elemento decorativo en la arquitectura islámica.

La escritura árabe es más que sólo embellecer la letra; es transformar el vacío, recrear la forma. Su figura conmueve por igual a toda alma humana, pues su plástica contiene la elocuencia de una lengua milenaria. ∞